

**Santa pequeña familia de Betania**  
**Santos Marta, María y Lázaro**  
**Homilía, Betania, 29 de julio de 2021**

Celebramos hoy, en este 29 de julio de 2021, por primera vez en toda la Iglesia, la fiesta de los santos Marta, María y Lázaro, esta santa pequeña familia de Betania.

Estamos muy agradecidos a Dios, muy agradecidos al Papa y a la Iglesia, porque para nosotros, para nuestra pequeña familia de Betania, es una alegría muy grande que estos tres hermanos los celebremos juntos. Es una alegría porque tenemos unos intercesores en el cielo que son para nosotros un modelo de discípulos misioneros de la misericordia del Señor, pero, también, son un modelo para vivir la santidad juntos; y quizá esto es lo primero que nos evoca esta fiesta.

Es un ánimo, un aliento que viene de la Iglesia del cielo y de la tierra para animarnos: "Ánimo, Dios quiere que seáis y viváis en santidad". Pero no una santidad solo individual, personal, -que sí hay que tener-, sino una santidad a imagen de la Trinidad, el único Santo, en familia, juntos: la santidad del amor.

El salmo responsorial de esta Misa nos dice: "Contempladlo y quedaréis radiantes". Contemplemos a la Trinidad. Contemplemos a la Trinidad que se manifestó en la pequeña familia de Nazaret, se manifestó en la pequeña familia de Betania y se manifiesta en la Iglesia. Contemplemos a Dios que es Amor, para quedar radiantes, para irradiar su amor. Pero, dice, no solamente contemplarlo, sino también: gustad, saboread, ved "qué bueno es el Señor". ¡Qué bueno es el Señor que es amor! ¡Qué bueno es el Señor que nos ha llamado a esta vocación de amar juntos a Jesús, de amarle juntos y colaborar con Él en que muchos le conozcan y le amen!

Con la primera lectura de la primera carta del apóstol San Juan, proclamamos: "nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él"; "Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él". Es verdad, cada uno de nosotros ha tenido experiencia personal del amor de Dios. Pero, también nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene porque experimentamos que nos amamos unos a otros, como Él nos ama. Hemos experimentado también el amor de Dios en la fraternidad.

"Queridos hermanos, -nos decía al comienzo la primera lectura- amémonos unos a otros ya que el amor es de Dios". Nuestra fraternidad no es de la sangre, así comienza el Evangelio de San Juan: no hemos "nacido de sangre, sino de Dios" (Jn 1, 12). Así lo dice hoy: "todo el que ama ha nacido de Dios". Nuestra fraternidad es una gracia de Dios en su amor. Hemos sido llamados a vivir unidos a Dios viviendo unidos unos con

otros. Hemos sido llamados a vivir como hijos del Padre, en Cristo, en el amor del Espíritu Santo, como hijos amados, amándonos como hermanos.

Este es el camino de nuestra santidad: la santidad como "perfección de la caridad" -dice el Concilio Vaticano II Lumen Gentium 39 y 40-, y Santa Teresita dirá: "vivir de amor". Y esto es una gracia de Dios que hemos recibido por el bautismo, pero a la que también somos llamados a vivirla por la gracia del regalo del carisma de nuestra pequeña familia de Betania: amar a Dios amándonos.

"En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó". Y, añade: "pero si nos amamos unos a otros, su amor -que hemos recibido- ha llegado a nosotros a su plenitud". Esta es la plenitud a la que estamos llamados: a vivir amando a Dios en el amor de unos para con otros. Éste es el sueño del Padre, que Jesús hizo oración: "Padre, que sean uno como tú y yo somos uno" (Jn 17, 11.21). La unidad en Jesús, para amarnos con su mismo amor.

Somos pequeños en el número y deseamos serlo también en el espíritu. La pequeñez de acoger el don de Dios, de saber que "todo es gracia" (Sta. Teresa del Niño Jesús), que "cuando soy débil soy fuerte" (1Cor 12, 10), que "todo lo puedo en aquel que me conforta" (Flp 4, 13).

Hoy el mundo necesita, y la Iglesia nos lo pide, que seamos un signo del amor de Dios. "A Dios nadie le ha visto nunca; si nos amamos unos a otros Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado a la plenitud". El mundo necesita ver que el amor es posible, que amarnos para siempre es posible, que vivir en el amor es vivir en paz y alegría.

Tantos hermanos nuestros que, como Lázaro, esperan nuestra intercesión. Tantos hermanos nuestros que, como Lázaro, como tantas personas heridas, esperan la medicina de la misericordia para ser sanados. Tenemos una vocación muy hermosa, grande para tan pequeños. Pero, no nos miremos a nosotros, mirémosle a Él, que nos ha llamado, nos ha elegido, para en la Iglesia, con María, amar juntos a Jesús y procurar de verdad que muchos le conozcan y le amen.

Pidamos a nuestros santos, a esta santa pequeña familia de Betania, que intercedan por nosotros para que podamos vivir en la santidad: la santidad del amor, la pequeñez, la santidad de la misericordia.

Por eso, en este momento de silencio, con María acogemos el amor de Dios. Le decimos a María: "Virgen María, únenos a tu corazón. Contigo, con San José, con esta santa pequeña familia de Betania, deseamos de verdad amar a Jesús, y deseamos de verdad solamente, sin otro interés, que muchos le conozcan y le amen, para que todos juntos, un día con vosotros en el cielo, podamos "cantar las misericordias del Señor" (Sal 89 [88]).